

LOS RIVALES*

Es raro que un artículo de revista dé lugar a todo un contragénero de literatura panfletaria de carácter polémico, pero los intelectuales estadounidenses que opinan sobre las políticas que deben seguir las potencias occidentales no se han cansado todavía de anunciar el fin de *The End of History*. En todo caso, la empresa ha ganado popularidad cuando los signos de que el siglo XXI no será unipolar se han hecho más insistentes. En esta línea se expresa Robert Kagan, cuyo *The Return of History and the End of Dreams* –que presenta una cubierta decorada con un deliberadamente anacrónico dibujo animado de *Punch* completado con un oso ruso y un chino con coleta– sostiene que «el mundo se ha vuelto normal de nuevo». La caída de la Unión Soviética había brevemente mantenido la visión utópica de un mundo sin enemigos, en el que todos los conflictos significativos sobre cualquier gran estrategia e ideología habían llegado a su fin. El comercio globalizador, la construcción de instituciones multilaterales y una tecnología de las comunicaciones sin fisuras tenían que haber erosionado los fundamentos del Estado-nación y en consecuencia los envites de la competencia internacional. Los burócratas europeos soñaban que la aquiescencia rusa a la liberalización de la cuenta de capital y la expansión de la OTAN derretirían las fronteras europeas y excluirían para siempre el espectro de la guerra terrestre en Alemania. Los estadounidenses vieron la posibilidad de asumir un liderazgo más amable y gentil: Estados Unidos como comisario global que implementaría la sustitución definitiva de la guerra por acciones policiales aisladas en las correspondientes provincias retrasadas.

Veinte años después, la «perspectiva embriagadora» de un mundo más allá del conflicto se ha desvanecido y la «tendencia normal» a emerger de las grandes potencias se ha reafirmado de nuevo. Impulsadas por pasiones atávicas pero legítimas –temor por sus líneas de suministro, preocupación paternalista o imperial por sus áreas de influencia, deseo de reconocimiento y prestigio–, las potencias emergentes, en este caso Rusia, China,

* Robert Kagan, *The Return of History and the End of Dreams*, Londres, Atlantic Books, 2008, 116 pp.

Japón, India e Irán, están siguiendo la senda de Venecia y Persia, de los antiguos egipcios y de los francos, haciendo sentir su presencia en modos que habían perdido su familiaridad durante la Guerra Fría, que fue a fin de cuentas un largo y aberrante interludio de bipolaridad en los asuntos internacionales. En realidad nos enfrentamos, por el contrario, a un «nuevo siglo XIX» de rivalidad y conflicto entre las grandes potencias en el que de nuevo las autocracias desafían la preeminencia de los gobiernos democráticos y las reivindicaciones competitivas por las esferas regionales de influencia se plantan en el camino de la construcción de un único orden internacional liberal e intervencionista. Frente a esta amenaza tan sólo comprendida a medias, Kagan aboga por un «concierto de las democracias»: sólo sus esfuerzos combinados pueden preservar el duramente ganado fruto de la historia, que nunca llega a su fin.

Firmante de pro del Project for the New American Century de 1998, que conminaba al presidente Clinton a que optase por una política unilateral de cambio de régimen en Iraq, y más conocido por su libro de 2003 *Paradise and Power*, un corto y provocador ensayo sobre las autopercepciones europeas y estadounidenses, Kagan no es un extraño en los círculos en los que se deciden las políticas de Washington. Nacido en 1958, sus títulos académicos llevan el marchamo de Yale, la Kennedy School y la American University de la capital federal. Tras haberse fogueado como asesor de Jack Kemp y como redactor de los discursos de George Schultz, trabajó durante el segundo gobierno de Ronald Reagan en el área latinoamericana del Departamento de Estado. Kagan está en la nomina del Consejo de Relaciones Exteriores y de la Carnegie Endowment y escribe regularmente para *The Washington Post*, *Commentary* y *The New Republic* y, con Bill Kristol, para *The Weekly Standard*. Su mujer fue representante permanente de Estados Unidos ante la OTAN entre 2005 y 2008, siendo obviamente su estancia en Bruselas la fuente de los toques de cosmopolitismo con los que Kagan atempera ocasionalmente su vigoroso atlantismo («como un estadounidense que vive en Europa» etc.). Su padre, Donald, es un historiador conservador de Yale y traductor de Tucídides; su hermano Frederick (Yale y después Yale de nuevo) es un investigador residente en el American Enterprise Institute y coautor de la refutación del informe del Iraq Study Group.

Hay, sin embargo, razones para tomar a Kagan más seriamente que a muchos de sus colegas de los círculos de poder de Washington. Además de demostrar una neta franqueza en sus columnas y escritos populares, es autor de dos trabajos académicos que sientan una visión sutil y equívoca de las relaciones exteriores: uno sobre la intervención estadounidense en Nicaragua, el otro sobre la política exterior estadounidense desde el nacimiento de la república. El primero, *A Twilight Struggle*, de 1996, es una historia de 800 páginas escrupulosamente documentada basada en fuentes primarias y entrevistas con figuras claves de todas las partes implicadas en el conflicto. Por supuesto Kagan no repudia su trabajo para Reagan, pero se muestra lúcido y sobrio sobre las espinosas consecuencias

para ambas partes cuando la interferencia militar estadounidense se convierte en un hecho rutinario de la vida política interna de un pequeño país. Y aunque rechaza la interpretación «realista» de las decisiones de política exterior, se muestra no obstante perspicaz sobre los modos en que los objetivos ideológicos estadounidenses en América Latina se hallaron siempre sujetos a las cambiantes mareas de la capital política estadounidense y de los equilibrios de fuerza en el Congreso, no únicamente bajo los mandatos de Reagan y Carter, sino también bajo los de Taft, Wilson y Roosevelt.

En *Paradise and Power*, escrito durante los altercados que siguieron a la invasión de Iraq de 2003, Kagan volvió a ocuparse de las autopercepciones de europeos y estadounidenses. Mientras Europa se había embarcado en la senda posmoderna en pos de «un mundo autocontenido de leyes y normas y de negociación y cooperación transnacional [...] un paraíso poshistórico de paz y relativa prosperidad», Estados Unidos seguía «enfogado en la historia» y una política de poder cada vez más repugnante para las sensibilidades europeas. Ambos, sin embargo, estaban sufriendo de una mutua incompreensión sobre la relación existente entre el gobierno democrático y el poder. Por un lado, Europa se congratula a sí misma de que su decisión de abjurar de la guerra es totalmente consciente e ilustrada y no el resultado de su creciente incapacidad de combatir. Por otro, los estadounidenses se felicitan a sí mismos de ser un pueblo pacífico y de que las guerras que combaten les son impuestas por las circunstancias. Este doble engaño falsifica los fines compartidos por europeos y estadounidenses así como los netamente desiguales medios que cada uno emplea: porque el fuerte naturalmente se apoya en la fuerza para lograr sus objetivos, mientras el débil persigue de modo idénticamente natural estrategias de debilidad. Si la UE fuera una fuerza militar a escala mundial, capaz de proyectar su poder sobre los dos océanos, el compás de su política exterior necesariamente se expandiría; sería también mucho más contundente en cuanto a la forma del mundo en el que se halla integrado. Para Kagan, sin embargo, «las caricaturas no capturan una verdad esencial»: tras siglos de brutalidad y violencia Europa ha desembocado en algo como el ámbito de la paz perpetua kantiana, siendo la Segunda Guerra Mundial la guerra europea para acabar con la guerra y Schuman y Monnet los improbables agentes del Estado final del ensayo de Kant sobre la historia mundial, «que como una comunidad política civil feliz puede mantenerse automáticamente». El objetivo de *Paradise and Power* consiste en revalorizar las credenciales de la fuerza a la hora de mantener un orden internacional, que es mucho más cómodo considerar como si actuara «automáticamente»: los europeos vituperan la desagradable protección ofrecida por su menos afortunado pero más poderoso aliado, tan sólo para poner en peligro el privilegiado modo de vida del que disfrutaban hasta el momento.

En 2006, Kagan escribió la primera entrega de un proyectado volumen doble sobre la historia de la posición de Estados Unidos en el sistema mundial. *Dangerous Nation*, que arranca de 1600 y llega hasta la Guerra hispa-

no-estadounidense de 1898, es tan poco complaciente con los prejuicios predominantes del conservadurismo típico estadounidense como su título sugiere. Se trata de un admirable asalto frontal contra muchas de las vacas sagradas de la historiografía estadounidense. En vez de negar o evadir la áspera crítica de la tradición antiimperialista, y en ocasiones socialista, que se extiende de Charles Beard y William Appleman Williams hasta Howard Zinn, Kagan por el contrario admite orgullosamente sus acusaciones. Las ambiciones imperiales de la república datan de sus propios inicios y los estadounidenses se engañan a sí mismos cuando afirman ser un pueblo pacífico que, desafortunadamente, en ocasiones se topó con el papel de apóstol de la libertad ante un mundo que lo empujaba a desempeñar tal función. Kagan no tiene tiempo para las antiguas y venerables defensas conservadoras: por ejemplo, la perenne sabiduría de la famosa despedida de Washington, con sus advertencias de que «nuestra verdadera política es dirigir limpiamente alianzas permanentes con cualquier parte del mundo exterior», se halla hábilmente reubicada en el seno de las disputas políticas del momento. Nadie que leyera esas líneas en 1796, argumenta Kagan, podría haber dejado de comprender que se dirigían contra los francófilos republicanos y que pretendían canalizar la opinión a favor de los federalistas en las elecciones que se avecinaban. Desde este poco edificante comienzo Kagan continúa analizando cuestiones como la guerra privada de Jefferson en la costa berberisca (la denominada Guerra de Trípoli, 1801-1805), el lugar ocupado por la invasión de México por Polk en las ambiciones de los esclavistas del sur y la ocupación estadounidense de las Filipinas. Los Padres Fundadores son retratados como ricos terratenientes impulsados tanto por la preocupación de sus posesiones inmobiliarias como por sus creencias republicanas.

Se trata de un estimulante ejercicio de desmitificación que pretende descubrir el papel de la construcción de mitos a la hora de permitir y condicionar el alcance y las políticas de la nación. El argumento sobre la autoconciencia democrática, o la ausencia de ella, bosquejado en *Paradise and Power* es sometido aquí a una prueba más exigente. El expansionismo, quiere decir Kagan, es un objetivo loable y legítimo para una nación ascendente, se trate de la joven nación estadounidense o de la recientemente independiente y segura de sí misma China; para Estados Unidos negar sus tendencias expansionistas únicamente puede hacer más difícil comprender la historia y el futuro de su presencia en el mundo. Y hay algo también especialmente expansionista en torno al aroma estadounidense del liberalismo político: una sociedad que se contempla a sí misma como la «ciudad en una colina» perseguirá naturalmente una política exterior que expresa una cierta visión del mundo reconfigurado.

Kagan no da crédito alguno a la idea de que la política estadounidense fue «secuestrada» por una camarilla neoconservadora después del 11-S. No hay nada de nuevo o de conservador sobre el hecho de hacer la guerra por razones ideológicas: las notas a pie de página de *The Return of History* enumeran cincuenta años de aventuras de ambos partidos con bombardeos

aéreos, invasiones y cambios de régimen. De los golpes inspirados por la CIA de Eisenhower en Irán y Guatemala a la «cooperación secreta e ilegal» de Kennedy contra Ngo Dinh Diem en Vietnam y Rafael Trujillo en la República Dominicana; de las «interferencias» de Nixon en Chile a las de Carter en Nicaragua, «todo gobierno estadounidense durante el último medio siglo ha intentado provocar cambios de régimen por doquier». En ese proceso, Estados Unidos ha mostrado su desprecio por Naciones Unidas, por sus aliados y por el derecho internacional siempre que éstos se han convertido en obstáculos para los objetivos estadounidenses:

Enumeremos tan solo unos cuantos ejemplos: la Administración de Reagan no buscó autorización internacional alguna para librar su guerra encubierta en Nicaragua, Camboya, Afganistán y Angola, como tampoco la buscó de Naciones Unidas o de la Organización de Estados Americanos para la invasión de Granada. La Administración del primer presidente Bush invadió Panamá sin autorización de la ONU y habría ido a la guerra con Iraq sin esa misma autorización si Rusia la hubiera vetado. La Administración de Clinton intervino en Haití sin autorización de Naciones Unidas, bombardeó Iraq ante las objeciones planteadas por los miembros permanentes del Consejo de Seguridad y fue a la guerra en Kosovo sin contar tampoco con la autorización de esa organización.

Tampoco concede Kagan ninguna importancia especial a la guerra contra el terrorismo, dejando de lado Al-Qaeda y el fundamentalismo islámico como fenómenos carentes de futuro. El «nuevo» siglo XIX, como el último, es un mundo de Estados, aunque el apresurado repaso de Kagan de las potencias en ascenso es sorprendentemente flojo. Japón es tratado de modo apresurado, sus crecientes presupuestos de defensa y sus renovados impulsos nacionalistas analizados como «vuelta a la normalidad». India, «un ejemplo relevante de éxito» en un mundo en proceso de globalización, se halla impulsada por la creencia en su «inminente grandeza en el escenario mundial». Irán es «una orgullosa y antigua civilización» que pretende alcanzar el estatus de potencia poseedora de armas nucleares como «una cuestión de honor» y establecerse como un gran poder en la región.

Son Rusia y China las que atraen la mayor atención de Kagan. Rusia es «donde la historia ha vuelto de modo más espectacular», siendo también allí dónde finalizó hace dos décadas de modo igualmente espectacular. Las vastas reservas de petróleo, gas y carbón del país le conceden una capacidad estratégica de presión sobre los gobiernos europeos, que ha permitido que el Kremlin se envalentone y se atreva a actuar en su «área exterior inmediata» sin temor a las represalias de Occidente, mientras que los altos precios de la energía servían para financiar tanto su creciente poder militar como para revivir su confianza. El descontento ruso con un estatus de segunda clase ha impulsado el resurgimiento de Stalin, la Iglesia ortodoxa y el viejo Imperio; la apertura y la liberalización de la década de los noventa se lamentan ahora en gran medida, siendo consideradas como concesiones inoportunas impuestas sobre la nación en un momento de debilidad. El gobierno de Putin, que Kagan tilda de «zarista», ha optado por se-

guir un modelo de «democracia soberana» y ha proporcionado en realidad tanto bien para su pueblo que ha disfrutado de mayores niveles de apoyo popular que cualquier otro gobierno desde la caída de la Unión Soviética.

Esta antigua gran potencia insatisfecha confronta a la Unión Europea con el viejo «problema del Este», que pensaba que se había disipado por la reunificación alemana y la liberalización económica de Rusia y que reapareció de nuevo en agosto de 2008 en Osetia del Sur. Kagan se quedó estupefacto, escribiendo en *The Washington Post* que la invasión rusa de una nación soberana y democrática situada al borde de sus fronteras suponía «un punto de inflexión no menos significativo» que la caída del Muro de Berlín; la timidez de la respuesta de la Unión Europea se entendió como un signo de que Europa no estaba dispuesta a «involucrarse en una lucha seria» (¿es que se iban a precipitar los aviones alemanes a defender Tíbilisi?). Pero una victoria sobre un ejército georgiano de 10.000 hombres no hace una potencia militar. Rusia tiene el tercer presupuesto de defensa del mundo, del mismo modo que Iraq en la víspera de la invasión de Estados Unidos tenía el quinto. Incluso si estuviera correctamente mantenido, el arsenal de Moscú —por no mencionar su hipertrofiado alto mando y su estructura de control, en definitiva más importante— pertenece a otra época; uno de los logros militares de Rusia en Georgia fue su primer test de un movimiento planificado para un ejército totalmente voluntario (y alejado de un sistema en el que los jóvenes conscriptos son rutinariamente apaleados hasta la muerte por sus compañeros soldados). En cualquier caso, la guerra en Georgia —como la de Chechenia y las proclamaciones más espectaculares del nacionalismo ruso— fue concebida seguramente ante todo para su consumo interno, una demostración satisfactoria de la fuerza nacional y no como un zócalo para un futuro multipolar.

Y aunque Kagan no se muestra muy partidario de la interpretación económica de la reciente historia de Rusia, resulta difícil entender de qué otro modo pueden comprenderse sus cambiantes fortunas en la escena mundial. La caída de la Unión Soviética precipitó la mayor catástrofe económica del siglo xx: el gran nacionalismo ruso no pudo pagar los salarios en los años de Yeltsin; y si no hubiera sido por aquel periodo —y el espectacular colapso bancario de 1998— los logros de Putin no habrían parecido tan significativo, tanto domésticamente como en el exterior. El libro de Kagan se publicó antes del crack de septiembre de 2008, cuando un número importante de observadores desapasionados —entre los que se contaban los agentes inmobiliarios de Mayfair— bien podrían haber evaluado el poder ruso más favorablemente. Desde entonces, sin embargo, las bolsas rusas, RTS y MICEX, se han hundido, los precios de la energía han caído por debajo de los niveles de equilibrio contemplados en la planificación de los presupuestos nacionales y los bancos europeos han exigido miles de millones de dólares de garantías para conceder préstamos a los oligarcas. El gobierno ruso ha intervenido de nuevo para apoyar al sistema bancario, mientras el capital ha huido del rublo. Gazprom ya no pa-

rece una fuerza digna de tenerse en cuenta en la política exterior alemana. Un «poder nacional integral» ya no puede construirse sobre los endeblidos cimientos de la riqueza petrolera, la cleptocracia y el capitalismo de casino. Hay menos población en Rusia que en Uttar Pradesh; las ganancias económicas del país durante la pasada década se concentraron masivamente en manos de un pequeño pero poderoso estrato situado en la cúspide social, y parecía impresionante sobre todo comparado con la catastrófica década de los noventa. Ante nuevos retrasos en los pagos de los salarios y la más virulenta xenofobia de Europa ahora presente por doquier, se enfrenta a severos problemas internos.

El argumento es más difícil de sostener en el caso de China, cuyos líderes han evitado cuidadosamente mostrarse beligerantes durante el vigoroso ascenso económico del país. Existen excepciones al tono general de conciliación: Pekín todavía se muestra resentido por razón de Taiwán, a pesar de los recientes signos de relaciones más distendidas, y aún más por el Tíbet, donde disfruta de una mayor libertad de acción. Pero las concesiones de China parecen más significativas en varios aspectos. A pesar de la hostilidad de Estados Unidos ante los intentos chinos de comprar participaciones en empresas estadounidenses como Unocal y 3Com, sus fondos soberanos de inversión han seguido comprando plácidamente bonos del Tesoro estadounidense durante la crisis económica. En realidad, los dirigentes de la RPC han vacilado a la hora de crear otro instrumento de presión pasivo que no sean sus masivos excedentes comerciales, contratando entretanto a expertos de bancos de inversión occidentales como parte de su intento de construir estructuras reguladoras, financieras y legales que satisfagan las normas internacionales y basten para colmar las necesidades de la inversión directa extranjera. La política de manos fuera respecto a Hong-Kong, la seriedad a la hora de cooperar como miembro de pleno derecho de las instituciones del Consenso de Washington, e incluso la espectacular celebración de los Juegos Olímpicos –coreografiada por Zhang Yimou de acuerdo con los más altos estándares del espectáculo global, sin ni siquiera la más mínima referencia al hecho de que Oriente es o en algún momento fue rojo– son todos ellos hechos que tienden a refutar la idea de que los dirigentes chinos se inclinaban a utilizar la fuerza para conseguir su ascendencia.

Ésta se producirá sin lugar a dudas; y Kagan se ve obligado a recurrir a los gestos de la estética de lo sublime para mostrar lo ominoso de tal perspectiva. Los habituales parloteos sobre el Reino del Medio como el centro de su propio universo, «la única civilización avanzada en un mundo de bárbaros», hacen su aparición, si bien Kagan no presenta sus análisis de las actitudes chinas hacia Estados Unidos con la observación de que para los hablantes de mandarín se trata del Reino Hermoso. Kagan recurre al eslogan de la dinastía Qin *fuguo qiangbing* [nación rica, ejército poderoso] para ilustrar las dilatadísimas raíces, imperiales en realidad, del desarrollo militar de China. Pero en la medida en que ésta última se halle limitada a comprar más armas de los rusos, tenemos probablemente razón en mos-

trarnos escépticos ante sus consecuencias. Incluso si el gobierno chino se embarcase en lo que debe ser el mayor esfuerzo realizado por crear un sistema de educación secundaria jamás intentado en la historia humana, un complejo militar-industrial como el que asegura la supremacía militar estadounidense es una obra que se mide en décadas: una Lockheed o una Boeing no pueden aparecer como por ensalmo en un país que ni siquiera cuenta con una industria aeroespacial civil.

Algunas de las observaciones específicas de Kagan se hallan sobredimensionadas. Su afirmación de que la riqueza de las autocracias les permite «controlar e intervenir en el tráfico de internet» ignora la riqueza de los nuevos medios de comunicación chinos. Tras la Gran Muralla de control de internet creada por el gobierno chino se halla lo que no parece ser sino el nacimiento de una esfera pública: un impredecible y activo mundo crítico diverso que va mucho más allá del control que cualquier autoridad humana ha concebido hasta la fecha. (Cuando los algoritmos de los censores demostraron ser demasiado buenos a la hora de localizar fragmentos inaceptables de texto —una tarea más difícil en un lenguaje tan dado a la homofonía y los juegos fonéticos y de palabras— los emprendedores usuarios de los foros comenzaron a colgar textos que parecían ininteligibles a los robots, pero que resultaban legibles en columnas, como el lenguaje clásico, por el ojo humano.) Los ciudadanos de la red pueden tal vez ser un factor inestable en los cálculos de la burocracia cuando se muestran realmente nacionalistas, como se demostró con el movimiento anti Carrefour y los boicots a los productos franceses que se produjeron casi de un día para otro en la primavera de 2008. Pekín parece haberse dado cuenta recientemente de que los intentos de imponer una sequía total de noticias están condenados a fracasar ante el poder de internet: Xinhua pretende ahora informar sobre las noticias conflictivas tan rápido como sea posible con el fin de hacer circular la información antes que cualquier otra fuente. La apertura evidente, comienzan a comprender las autoridades chinas, constituye en ocasiones la técnica más segura de control: ninguna noticia a las sociedades occidentales del espectáculo.

Tampoco es China inmune a las conmociones económicas. El grado en que su economía depende de las exportaciones sigue siendo una cuestión abierta, y es cierto que a largo plazo el capital chino puede re canalizarse para que satisfaga el consumo doméstico. Pero a corto, las industrias orientadas hacia la exportación emplean directamente decenas de millones de trabajadores en las ciudades costeras. Incluso un impacto marginal sobre el crecimiento podría tener consecuencias mayores. El malestar civil —lo que las autoridades denominan «incidentes de masas»— es creciente, produciéndose cada día nuevas escenas de trabajadores asediando fábricas abandonadas u oficinas del PCCh para reclamar salarios impagados por las empresas forzadas a la quiebra. En este contexto, es fácil comprender por qué Pekín se halla forzado por las circunstancias a proseguir un curso más sobrio y responsable que los *siloviki* [políticos procedentes de las fuerzas armadas y de los cuerpos de seguridad] rusos y por qué las herramientas de gestión

de la población excedente —el sistema de registro de los hogares, las «cárceles negras» para los trabajadores migrantes no regularizados, las semilegales fuerzas de «gestión urbana» que sistemáticamente hostigan a las poblaciones marginales de las grandes ciudades— son claves para mantener el orden en China.

Kagan pasa por alto estas particularidades, lo cual es una lástima, porque resulta refrescante ver a un intelectual que escribe sobre las políticas estadounidenses con tal aprobación de los sentimientos nacionales de otros países y del deseo legítimo de sus pueblos de prestigio y reconocimiento. En este sentido, *The Return of the History* representa un bienvenido intento de restaurar la conexión entre *Innen-* y *Außenpolitik* [política interior y exterior], dejada de lado por la ortodoxa teoría realista de las relaciones internacionales como una variable explicativa crucial del comportamiento de las naciones. En última instancia, sin embargo, Kagan parece estar únicamente reemplazando un realismo simplista con un igualmente vacío romanticismo: la base para la autoafirmación del Estado es comprendida como algo completamente genérico, sin fundamento alguno en las contradicciones económicas o en la política interna, sin hallarse condicionada por las divisiones sociales. De acuerdo con su análisis, las políticas exteriores perseguidas por los gobiernos expresan la forma de sus organizaciones políticas internas, que son de dos tipos: democracias y autocracias. Kagan postula que los dirigentes chinos y rusos son los ejemplos primordiales de las últimas. Ambos comparten una orientación hacia una modalidad alternativa de gobierno suficientemente coherente como para constituir un serio desafío al modelo de la democracia liberal-capitalista. Su legitimación se sostiene en «la implementación de la voluntad popular», suscribiendo el acuerdo tácito de que sus ciudadanos se abstendrán de la protesta política en tanto que el gobierno sea capaz de suministrar prosperidad y estabilidad. En opinión de Kagan, no se trata de compromisos meramente pragmáticos: los líderes de Rusia y China «no son únicamente autócratas; ellos creen en la autocracia»; en otras palabras, creen que un crecimiento económico continuado, la protección de la dominación extranjera y la tranquilidad doméstica requerirán todas ellas una fuerte mano en el timón.

La noción de un capitalismo autoritario «confuciano» como desafío al modelo occidental fue cuidadosamente sondeada a mediados de la década de los noventa al hilo de la discusión sobre los «valores asiáticos» protagonizada por Lee Kuan y Mahathir Mohamad. En realidad, con sus castas dominantes firmemente instaladas, su derecho al voto limitado y una implacable moralidad, los nuevos tigres asiáticos no dejan de tener cosas en común con la Gran Bretaña victoriana, como han señalado algunos observadores. Contemplado desde una perspectiva histórica más amplia, las economías que han alcanzado el nivel de desarrollo de sus competidores más aventajados y disfrutado de un plácido parlamentarismo han sido la excepción. El Japón Meiji, la *Zollverein* prusiana o el Segundo Imperio ofrecen el modelo general, no la tecnocracia electoral de Nehru. Kagan aborda la cuestión de si el capitalismo conduce «naturalmente» al gobierno demo-

crático o si en realidad existe una contradicción activa entre ambos, que trabaja para quebrantar o vaciar cualquier acuerdo duradero entre ellos. Comprender totalmente el problema requeriría, sin embargo, que Kagan reconociese la tensión existente entre democratización –que en cualquier sentido sustantivo apuntaría a la determinación popular de los objetivos macroeconómicos y geoestratégicos– y la «soberanía disminuida» aceptada por los socios limitados del orden atlántico de paz perpetua.

El círculo es cuadrado por los realmente débiles criterios presentados por Kagan para considerar a un gobierno democrático. Las libertades políticas formales de reunión e información representan avances reales, por supuesto, como lo representa la posibilidad del rechazo electoral de los gobiernos en el poder. Pero mucho de lo dicho por Kagan en su descripción de la «autocracia» podría aplicarse a cualquier nación capitalista contemporánea. Piadosos sentimientos públicos aparte, a escala de práctica gubernamental la democracia sustantiva, imaginada por la mayoría de los responsables políticos occidentales, equivale a poco más que una oportunidad de «input» para los «consumidores» o usuarios finales de los servicios del gobierno y a una «reactividad» tranquilizadora ante cualquier explosión de irritación pública. La ideología oficial china –la teoría de Deng Xiaoping, la triple representatividad, el concepto de desarrollo científico– efectivamente reproduce las premisas tácitas que sustentan los gobiernos de la mayoría de los países capitalistas avanzados. Algunas de las estrategias más brutales adoptadas por las autocracias de Kagan –la guerra contra el «terrorismo» lanzada en Chechenia, la represión china en Xinjiang– se hallan modeladas directamente a partir del ejemplo de sus democracias. En cuanto al lado liberal de las cosas, los acontecimientos recientes han excluido toda ilusión de que los regímenes supuestamente comprometidos con los mercados libres no recurrirían al *dirigisme* ante el primer signo de peligro económico.

Kagan no está dispuesto a declarar en realidad que la legitimidad ideológica de las autocracias contemporáneas sea homologable a las monarquías del siglo XIX. Como ha señalado Fukuyama, la evolución del ritual parlamentario y plebiscitario conserva todavía el suficiente prestigio como para ser imitado por muchas de las dictaduras más represivas del planeta. El verdadero peligro para las democracias radica no en el atractivo absoluto de la alternativa, sino en sus propias decepciones y divisiones internas: Europa simulando estar por encima de las sangrientas necesidades que hacen posible el mundo de los teléfonos móviles y de EasyJet; Estados Unidos afirmando que cada guerra le es impuesta para mantener un bien mayor y contra su naturaleza no intervencionista. Así, confundidas y desarraigadas, sostiene Kagan, las democracias pueden encontrarse a sí mismas cediendo terreno a Moscú y Pekín, sin haber entrado en conflicto abierto con ellos. Éste es el punto en el que Immanuel Kant y Zhang Yimou, el filósofo del cosmopolitismo liberal y el empresario de la fantasía imperial, finalmente coinciden: sin la existencia de alguien que garantice la hegemonía, no hay paz alguna. La advertencia de Kagan de un «nuevo siglo XIX»

sugiere que la persistencia de tal garantía es en el mejor de los casos inestable. El «feliz milagro» de la integración y el desarme europeos constituirían entonces un breve interludio utópico en el interminable conflicto de los pueblos. Pero si un Concierto de las democracias del siglo XXI pudiera ocupar el lugar del Congreso de Viena del siglo XIX, podría instituirse una especie de benévolo *katechon* bajo el cual la idea de orden civil realmente realizada en la Unión Europea (y que ha guiado últimamente la línea principal del pensamiento político estadounidense desde Wilson) permitiría a Occidente eludir los impactos del inevitable –y enteramente necesario– ascenso de las potencias asiáticas a su justo estatus en el mundo.

La reacción del *establishment* a *The Return of History* se ha concentrado en la percibida contradicción entre el realismo de Kagan sobre la rivalidad entre las grandes potencias y su compromiso con una agenda neorealista de promoción de la democracia. La demanda de McCain de una Liga de las Democracias y su propuesta de excluir a Rusia del G8 ejemplificaba aparentemente el peligro de tal planteamiento, que encierra el riesgo de poner en contra a las potencias excluidas, que podrían seguir siendo persuadidas mejor de la adopción de modos de comportamiento liberales mediante la integración gradual en el mercado mundial y las instituciones de la *governance* global. La objeción simplemente elide los envites de mayor envergadura del estudio de Kagan –el lugar de la fuerza en un orden mundial pacífico y el lugar del mito en el uso de la fuerza– apostando, en esencia, porque los bienes de consumo tendrán el efecto deseado.

Las preguntas planteadas por Kagan son las correctas, pero realizadas por razones equivocadas. Su visión de la historia se apoya fatalmente en un análisis ahistórico de la misma: un siglo XIX sin Peterloo y la Comuna de París. La *intelligentsia* liberal de 1790 compartía con la de la década de los noventa del siglo XX una profunda fe en el comercio como gentil civilizador de las naciones. Kant puede de hecho haber sido demasiado riguroso como para no reconocer las condiciones marciales del comercio mundial; pero lo que no pudo ver –y ninguno de sus contemporáneos vio, incluido Adam Smith, atrapados en diversas comparaciones entre la «opulencia» de la Gran Bretaña marítima y la Roma imperial– fue el capitalismo. Si hoy nos enfrentamos a un nuevo siglo XIX, es porque esa época fue también un periodo de cambios tecnológicos sin precedentes, en el que tanto la extensión como la intensidad del mercado capitalista se expandió de modo geométrico; porque fue un periodo de descontento social impulsado por la destrucción de los modos de vida tradicionales, la constitución de una enorme nueva clase de trabajadores, su periódico empobrecimiento y sus recurrentes demandas de reconfiguración del pacto social. La «democracia» fue en realidad la pesadilla de los regímenes autocráticos de Europa, pero se trataba de una democracia sustantiva, no procedimental. Y no fue la ausencia de un poder soberano, sino las contradicciones internas de desempleo y desigualdad las que impulsaron sus conflictos. Desde este punto de vista, el desinterés de Kagan por los detalles de las

formaciones sociales rusa, china e india adquiere un nuevo significado: significa que su análisis está condenado a ignorar las maneras en que las modalidades de gobierno evolucionan para acomodarse a las demandas de los cambios de época acaecidos en la organización económica y los modos en que esos cambios en la forma del Estado rebotan sobre el orden interestatal.

Tales deficiencias son realmente decepcionantes porque a juzgar por el trabajo previo de Kagan podríamos haber esperado más. Por supuesto, él no es el único en ignorar las especificidades y las dinámicas más profundas de los Estados que trata. La producción general de la literatura geoestratégica proveniente de Estados Unidos presenta una cualidad extrañamente desencarnada, a un tiempo supersimplificada e hiperintelectualizada. Se trata de un género que casi se vanagloria de su impunidad, deleitándose con frase como «botas sobre el terreno» mientras permanece desconectado de las realidades operativas y aparentemente poco preocupado por la agenda doméstica del país cuyo poder se afana en proyectar hasta los más remotos rincones del mundo. Es el producto de un estrato que se distingue sobre todo por su ausencia de rendición de responsabilidades: a ninguno de los torticeros representantes profesionales, de los funcionarios o de los intelectuales a sueldo del mundo de los *think-tank* se les negaría un puesto por haber contribuido a iniciar una guerra devastadora; en todo caso, como demuestran los casos de Kissinger y Brzezinski, cuanto más catastrófico el resultado más *grise* es la *éminence*. La amenaza que esta disyunción entre la formulación de una política y sus resultados plantea a la evaluación racional de los medios respecto a los fines y al despliegue eficaz del poder de Estados Unidos, debe razonablemente preocupar tanto a la elite estadounidense como a cualquier «asociación de autócratas». Pero a este respecto, las omisiones de Kagan son sintomáticas de una ceguera mayor no en cuanto a la reemergencia de las relaciones entre las grandes potencias típicas del siglo XIX, sino de las particularidades del presente.